



GUAYASAMIN

FORAL ENHCA

AMERICA LATINA

HISTORIA DE

Leslie Bethell, ed.

América Latina colonial: la América precolombina y la conquista

Capítulo 7 LOS INDIOS Y LA CONQUISTA ESPAÑOLA

América, aislada del resto del mundo durante miles de años, tuvo una historia

diferenciada, libre de influencias externas. Era, por lo tanto, una compleja interac-

ción de factores internos que tuvo lugar a principios del siglo XVI, y contribuyó a las

variadas sociedades indígenas formas muy diferentes: estados sumamente estructu-

rados, jefaturas más o menos estables, grupos y tribus nómadas y seminómadas. Y,

hasta ese momento era un mundo completamente autocoherente, el cual de repente

experimentó un golpe brutal y sin precedentes: la invasión de hombres blancos de

Europa, el choque con un mundo completamente diferente.

La reacción de los nativos de América ante la invasión de los españoles fue con-

siderablemente variada: desde el ofrecimiento de alianzas hasta la colaboración más

o menos forzada, desde la resistencia pasiva hasta una hostilidad constante. En to-

das partes, sin embargo, la llegada de estos seres desconocidos causó el mismo asom-

bro, no menos intenso que el experimentado por los mismos conquistadores: ambas

partes estaban descubriendo una nueva raza de hombres cuya existencia ni siquiera

habían sospechado. Este capítulo examinará los efectos de la invasión española so-

bre los imperios azteca e inca, durante la primera etapa de la dominación colonial

(en la década de 1570), con particular intensidad en el caso de los Andes; y también

considerará brevemente las áreas periféricas, del norte de la meseta central mexi-

cana, del sur y sudeste de los Andes centrales, a fin de presentar un cuadro más am-

plio de la «visión de los vencidos».

EL TRAUMA DE LA CONQUISTA

Inmediatamente, tanto en México como en Perú los documentos indígenas exhalan

una atmósfera de terror religioso ante la llegada de los españoles. Aunque éstas eran

interpretaciones retrospectivas, tales descripciones testimoniales el trauma experimen-

tado por los nativos americanos; profecías y portentos variaban el fin de los tiem-

pos; luego, de repente, aparecieron unos monstruos de cuatro patas montados por

criaturas blancas de aspecto humano.

En Tenochtitlan, durante todo el año, cada noche se iluminaba por una columna

de fuego que aparecía en el este y se veía subir desde la tierra hasta el cielo. Un mis-

terioso fuego incendió el templo de Huitzilopochtli; después de que fuera destruido el de Xihuitcucuhli por un rayo. Un extraño pájaro gris, mostrando una especie de espejo encima de su cabeza fue capturado; cuando Moctezuma examinó el espejo «... vio por segunda vez la mollera del pájaro, nuevamente vio allí, en lontananza; como si algunas personas vinieran de prisa; bien estradas, dando empujones. Se hacían la guerra unos a otros, y los tratan a cuestras unos como venados». Entre los mayas, el *Chilam Balam* profetizó (acaso después del acontecimiento) la alborada de una nueva época: «Cuando levanten su señal en alto, cuando la levanten con el Arbol de la Vida, todo cambiará repentinamente. Y aparecerá el sucesor del árbol de la vida y para todo el pueblo el cambio será cierto». En Perú, los últimos años de Huayna Cápac fueron perturbados por una serie de violentos y extraños temblores de tierra. El rayo destruyó el palacio del Inca y aparecieron cometas en el cielo. Un día durante la celebración de la fiesta del sol, un cónдор fue cazado por un halcón y dejado caer en medio de la plaza principal de Cuzco: el pájaro fue asistido pero murió. Finalmente, una noche brillante, la luna pareció estar rodeada por un triple halo, el primero color de sangre, el segundo de un negro verdoso, el tercero parecía humo: los advinos profetizaron que el rojo de sangre indicaba que una guerra cruel desgarraría en pedazos a los hijos de Huayna Cápac; el negro anunciaba la destrucción del imperio inca; y el último halo, que todo desaparecería con el humo.³

Disperso en toda América estaba el mito del dios civilizador que, después de su reinado benevolente, desaparece misteriosamente, prometiendo a los hombres que un día volverá. En México, fue Quetzalcóatl quien partió hacia el este, y en los Andes, Viracocha quien desapareció en los mares del oeste. Se suponía que Quetzalcóatl retornaría en un año, *ce-acatl* (una caña), basado en el ciclo de 52 años, mientras que para el estado inca el fin vendría durante el reinado del duodécimo emperador. En México, los españoles llegaron desde el este, y el 1519 era sin duda un año *ceacatl*; en Perú vinieron del oeste y Atahualpa era, sin duda, el duodécimo inca. Por lo tanto, la comoción tomó para los indios una forma específica: ellos percibieron los acontecimientos a través de la estructura del mito y, al menos en ciertas circunstancias, concibieron la llegada de los españoles como el retorno de los dioses. Es sorprendente que, desde México a Perú, las descripciones de los nativos recogen las mismas características que demuestran la extrañeza y el poder de los invasores: sus pieles blancas, sus barbas, sus caballos, su escritura y sus armas de fuego. De ahí, el siguiente mensaje que Moctezuma había dado a sus mensajeros:

Por todas partes vienen envueltos sus cuerpos, solamente aparecen sus caras. Son blancas, son como si fueran de cal. Tienen el cabello amarillo, aunque algunos lo tienen negro. Larga su barba es, también amarilla; el bigote también tiene amarillo... Los soportan en sus lomos sus «venados». Tan altos están como los techos.

1. Miguel León-Portilla, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista, nista, México, 1959*, pp. 2-5; *idem, El reverso de la Conquista. Relaciones aztecas, mayas, e in- cas, México, 1964*.
2. *Chilam Balam de Chumayel*, ed. y trad. Benjamin Pérez, París, 1955, p. 217.
3. Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas* [1609], ed. *Obras completas, estas*, Madrid, 1960, vol. II, pp. 52, 352-354.

Y cuando cae el tiro [del cañón] ... Pues si va a dar contra un cerro, como que lo hiende, lo requiebra, y si da contra un árbol, lo destroza hecho asillas, como si fuera algo admirable, cual si alguien le hubiera soplado desde el interior.⁴

La escena en la que Motezuma recibió a los españoles (pese a las dudas de sus consejeros) como si fueran dioses se ha hecho célebre: fue a recibir a los invasores y les regaló collares de flores y oro como señal de bienvenida; después pronunció ante Cortés el sorprendente discurso que nos ha sido legado por los informadores de Sahagún:

Señor nuestro: ... Ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad: México. Aquí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono ...
No, no es que yo sueño, no me levanto del sueño adormilado: no lo veo en sueños, no estoy soñando ...
¡Es que ya te he visto, es que ya he puesto mis ojos en tu rostro! ...
Como que esto era lo que nos hablan dejado dicho los reyes, los que te ríen, los que gobernarán tu ciudad:
Que habrías de instalarte en tu asiento, en tu solio, que habrías de venir acá.⁵

Estas historias mexicanas recuerdan aquellas crónicas de los Andes como la de Tíru Cusi: desde su llegada los españoles eran considerados como Viracochas, hijos del creador divino:

Decían que hablan visto llegar a su tierra ciertas personas muy diferentes de nuestros hábitos y traje, que parecían viracochas, que es el nombre con el cual nosotros nombramos antiguamente al Creador de todas las cosas, diciendo *Tecti Viracochan*, que quiere decir principio y hacedor de todos; y nombraron desta manera a aquellos personas que hablan visto, lo uno porque diferencian mucho nuestro traje y semblante, y lo otro porque velan que andaban en unas animas muy grandes, las cuales tenían los pies de plata; y éste decían por el relumbrar de las herraduras. Y también los llamaban así, porque les havían visto hablar a solas en unos paños blancos como una persona hablabá con otra, y éste, por el leer en libros y cartas...⁶

Es cierto que la creencia en la divinidad de los españoles fue pronto destruida: su extraña conducta, su delirio ante la visión del oro y su brutalidad destruyeron rápidamente estas creencias. Y, en principio, no todos los americanos tenían tales fantasmáticas. La intrusión de los europeos fue para las sociedades indígenas un hecho sin precedentes que interrumpió el curso normal de su existencia. Entrenados con la llegada de lo desconocido, la visión que los indios tenían del mundo comportaba al menos la posibilidad de que los hombres blancos fueran dioses. Pero la respuesta a esta cuestión sería positiva o negativa, según el lugar y las circunstancias. La prueba de esto se demuestra en un acontecimiento notable. En las cercanías del Cuzco, los soldados de Pizarro capturaron unos mensajeros enviados por Callicuchima a

4. M. León-Portilla, *Visión de los vencidos*, pp. 34-35.

5. M. León-Portilla, *Visión de los vencidos*, pp. 79-80.

6. Inca Tíru Cusi Yupangui, *Relación de la Conquista del Perú y hechos del Inca Manco, 2 vol. [1570]*, en Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú, Párrafos seriales, vol. II, Lima, 1916, pp. 8-9.

Quizquiz; eran portadores de noticias importantes sobre la naturaleza de los invasores. «Callcuchima les habla enviado para informar a Quizquiz que ellos [los españoles] eran seres mortales.»⁷

?Cómo es posible que imperios tan fuertes como el azteca y el inca, fueran destruidos tan rápidamente por unos centenares de españoles? Sin duda los invasores se beneficiaron de la superioridad de las armas: espadas de acero contra lanzas de obsidiana, armaduras de metal contra túnicas forradas de algodón, arcabuces contra arcos y flechas, caballería contra infantería. Pero esta superioridad técnica parece que fue de una importancia relativa: los españoles poseían pocas armas de fuego en el momento de la conquista, y eran de disparo lento; su impacto desde el principio fue, como en el caso de los caballos, principalmente psicológico.

La victoria española fue ciertamente facilitada por las divisiones políticas y étnicas del mundo indígena: los imperios azteca e inca habían sido contruidos por sucesivas conquistas. Algunos grupos venían en la legada de los invasores una oportunidad para librarse de la dominación opresiva: tanto era así, que fueron los mismos indios quienes proporcionaron el grueso de sus ejércitos conquistadores a Cortés y Pizarro, los cuales eran tan numerosos como los ejércitos azteca e inca contra los que luchaban. En México, los recién conquistados tototonacas se rebelaron contra Moctezuma y se aliaron con los españoles, quienes inmediatamente recibieron una ayuda decisiva de los tlaxcaltecas. En Perú, la facción de Huáscar se unió a Pizarro, quien también consiguió la ayuda de grupos tales como los cabaris y los huancas, los cuales se negaron a aceptar el dominio de los incas.

El resultado del conflicto no dependió sólo del poder de las fuerzas en oposición: desde la perspectiva de los vencidos, la invasión europea también contenía una dimensión religiosa, incluso cósmica. Pilajes, masacres, incendios: los indios vivían verdaderamente el final del mundo; la derrota significaba que los dioses tradicionales habían perdido su poder sobrenatural. Los aztecas creían que eran el pueblo escogido de Huitzilopochtli, el dios Sol de la guerra; su misión era someter bajo su gobierno a los pueblos que rodeaban por todas partes a Tenochtitlan. De este modo, la caída de la ciudad significó infinitamente más que una derrota militar. Además terminó el reinado del dios Sol. En lo sucesivo, la vida terrena perdió todo su sentido, y desde que los dioses murieron sólo les quedaba a los indios el morir:

Muramos, pues,
Muramos, pues,

Para nosotros los dioses están realmente muertos.⁸

En la sociedad de los Andes, el Inca, como hijo del Sol, mediató entre los dioses y los hombres, y se le adoraba como a un dios. Representaba en un sentido el centro corpóreo del universo, cuya armonía garantizaba. La muerte del Inca repre-

7. Archivos Históricos de Cuzco, «Genealogía de la casa y la familia de Sayri Tupac», libro 1, índice 1, fol. 147 v.º y libro 4, índice 6, fol. 38 r.º.
8. *Libros de los Coloquios de los Doce*, en Walter Lehmann, *Sterbende Götter und Christenheit*, p. 25.
también en León-Portilla, *El reverso de la Conquista*, p. 25.

sentaba la desaparición del punto de referencia viviente del universo, la destrucción brutal de este orden. Y es la causa por la que todo el mundo natural participaba en el drama de la derrota:

El sol vuelvase amarillo, anochece,
 misteriosamente; ...
 La muerte del Inca reduce
 al tiempo que dura una pestada.
 La tierra se niega a sepultar
 a su señor,
 y los precipicios de rocas tiemblan por su amo,
 canciones fúnebres entonando, ...⁹

DESESTRUCTURACIÓN

El trauma de la conquista no se limitó al impacto psicológico de la llegada del hombre blanco y a la muerte de los antiguos dioses. El dominio español, en tanto que se sirvió de las instituciones nativas, al mismo tiempo llevó a cabo su destrucción, dejando sólo estructuras parciales que sobrevivieron fuera del contexto de la conquista afectaron a las sociedades nativas en todos los niveles: demográfico, económico, social e ideológico.

Tras este primer contacto con los europeos, las poblaciones amerindias sufrieron en todas partes un hundimiento demográfico de excepcionales proporciones históricas. En la meseta central mexicana, Sherburne F. Cook y Woodrow Borah han propuesto la cifra (quizás excesiva) de 25 millones de habitantes antes de la llegada de los españoles. En los Andes han sido efectuadas varias estimaciones; pero una población de alrededor de 10 millones para todo el imperio inca parece una evaluación razonable.¹⁰

Pero en los 30 años siguientes a la invasión la población descendió a una velocidad vertiginosa. Los indios de la isla de La Española, por ejemplo, fueron exterminados completamente, mientras que en la meseta mexicana la población se redujo en más de un 90 por 100, según estiman Cook y Borah:

1519: 25,0 millones
 1532: 16,8 millones
 1548: 6,3 millones
 1568: 2,6 millones
 1580: 1,9 millones

La caída de la tasa de población parece haber sido menos pronunciada en los Andes: los indios de las áreas frías, especialmente los del altiplano, sobrevivieron mejor a la catástrofe que en otras partes. Así la población de los lupacas, en la orilla oeste del lago Titicaca, disminuyó sólo un 20-25 por 100 en 30 años. Por otro lado,

9. *Apu Inca Atawaltupan*, en M. León-Portilla, *El reverso de la Conquista*, pp. 182-183. Véase también, Elliot, *HAC*, I, cap. 6.

10. Ver nota sobre la población nativa americana en visperas de la invasión europea.